

PLÁSTICA



ISOBEL DE MARÍAALACARAMBA ES UNA ILUSTRACIÓN QUE NOS MUESTRA EL VUELO DE UNA MARIPOSA EN MEDIO DEL BOSQUE. LOS COLORES ROJO, AMARILLO Y VERDE PREDOMINAN EN LA IMAGEN TRANSPORTANDO LA IMAGINACIÓN Y LAS SENSACIONES A UN ESPACIO SOBRIO Y MEDITATIVO.

POESÍA

**VLADIMIR
AMAYA**

Presentamos una muestra de la obra del este joven poeta salvadoreño

PÁG. 6

CUENTO

RUBÉN MERINO

El bicho

PÁG. 7



ARTICULO

**NUNCA SERÁ
TARDE**

Jorge Castellón recuerda con profunda reflexión la masacre de El Mozote.

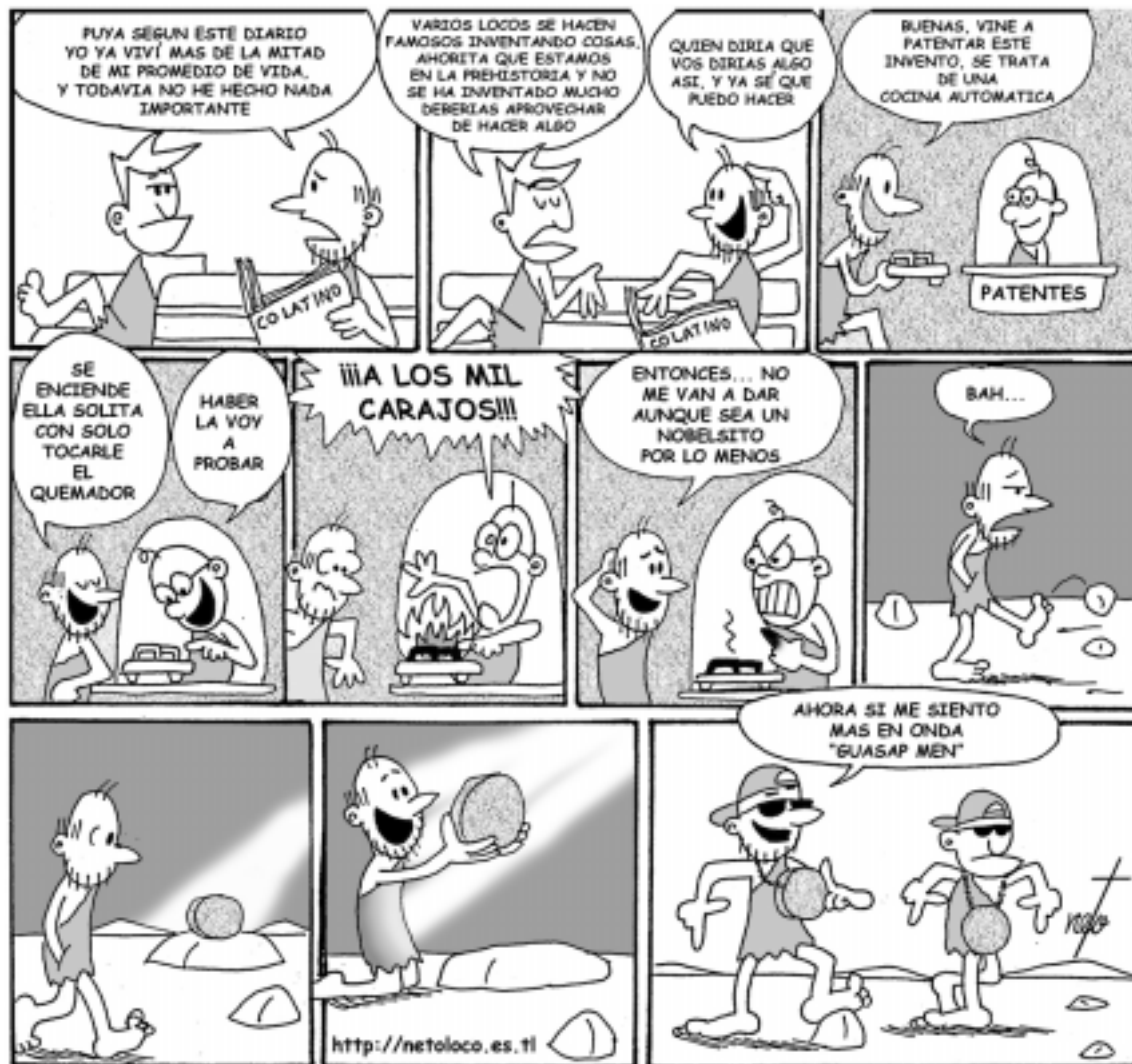
PÁG. 3



LEAMOS SALVADOREÑOS

Un país que lee crece

JUAN BAINA POR NETO



Paisajes

LYA AYALA
SUBCOORDINADORA



No hay nada más extraordinario en poesía que la simpleza de la forma, combinada con la perfecta música y profundo significado. Estoy descubriendo esto con asombro en la impecable belleza de la poesía china. A pesar de las limitaciones en las traducciones que se han hecho de antiquísimos poetas chinos, las características de este idioma vuelve un reto la traslación de los conceptos de los ideogramas chinos al español, he leído que las traducciones las hacen del inglés o del francés... así que... algo encontré en las lecturas de esta poesía: paisajes trazados con tal delicadeza que parecen respirar. Entonces, cuando regreso a mis lecturas habituales de poesía algo empieza a sonarme cargado, asfixiante y, a pesar de la inevitable lejanía de las traducciones a nuestro enmarañado idioma, su lectura ha repercutido hondamente en mi estética. Esta poesía se desprende de la naturaleza más vital de la filosofía china y es ahí donde se desgrana esta idea de la tradición poética que ha perdurado por siglos. El paisaje toma relevancia en esta poesía, puesto que lo conciso, fino y denso del arte chino es nada más y nada menos que un reflejo de lo que mira el poeta. ¿Qué mira, entonces, un poeta salvadoreño? si hay tanta suciedad en las calles, en las casas, en el aire, si hay tanto ruido, tanto grito, tanto enojo... lo primero que encontré fue una constante sublimación de un pasado que no termina de serlo del todo, de un presente que sobrevive y de un futuro que nada dice o dice poco, pero descubrí un poco más: el tiempo es uno solo. Ver eso hace reflexionar que somos los tres momentos del tiempo a la vez; sin embargo, no logramos ordenarlo en el espacio y eso crea la apariencia de sublimar a los poetas del pasado; descreer de los poetas del presente e ignorar a los poetas del futuro: la tradición poética salvadoreña gravita en medio del caos. Los poetas chinos, con su compleja historia a cuestas, pudieron y pueden ver su tradición a través de estos tres momentos, eso le ha otorgado vitalidad y sentido a su arte.

ACTUALIDAD | QUEHACER CULTURAL

Convocatoria

Premio ALBA de crítica y teoría de las artes 2011

El Fondo Cultural del ALBA y el Centro de Arte Contemporáneo Wilfredo Lam (Cuba) convocan al premio Crítica y Teoría del Arte 2011, con el fin de incentivar el pensamiento en torno a diversos aspectos de las artes visuales en América Latina y el Caribe.

Se concursará con una investigación inédita que discurre sobre los procesos del arte actual en América Latina y el Caribe. Los textos serán evaluados en función de su carácter crítico o ensayístico y su relación con las diferentes problemáticas de las artes visuales en América Latina y el Caribe.

La fecha límite de presentación de los trabajos es el 31 de marzo de 2011. El primer premio consistirá en 10.000 USD y la publicación del texto. Para mayor información buscar: fondoculturaldelalba.com/index.php



Documental del MUPI

La palabra en el bosque

Con motivo del XIX aniversario de la firma de los Acuerdos de Paz, el Museo de la Palabra y la Imagen (MUPI), proyectará en Morazán el primer corte del documental «La Palabra en el Bosque».

El documental dirigido por los investigadores Carlos Henríquez Consalvi y Jeffrey Gould. El audiovisual que está en su etapa de postproducción, integrará imágenes en movimiento resguardadas por el Archivo Histórico del MUPI.

MUNA

Retorno al carácter antropológico

El Museo Nacional de Antropología Dr. David J. Guzmán ha retomado nuevamente su carácter antropológico equilibrado con el histórico y arqueológico, impregnando una nueva etapa al desarrollo de programas de investigación. Proceso que ha iniciado con la retroalimentación e incorporación de nuevos contenidos museológicos y museográficos en la sala N° 3: "Producción artesanal, Industria e Intercambio", permitiendo realizar un recorrido desde el pasado prehispánico, rescatando el pasado colonial, transcurriendo la época republicana hasta llegar a la actual.

El MUNA con el inicio de estos procesos de cambios, eleva la calidad en sus diferentes áreas especializadas y pretende revalorizar y retomar su papel rector como referente museístico nacional, propiciando el acercamiento y reflexión de las riquezas y posibilidades culturales, conservando el legado patrimonial de las generaciones pasadas, actuales y futuras.

tresmil

suplemento cultural

Director: Francisco Valencia.
Coordinador: Mauricio Vallejo Márquez.
Subcoordinadora: Lya Ayala.
Diseño: M. V. M. y L. A.

Toda colaboración puede enviarse al correo electrónico:
suplemento3000@gmail.com

JORGE CASTELLÓN
Escritor

Recordar la masacre de El Mozote y revivir el deseo y derecho de que se haga justicia... nunca será tarde, aun después de 25 años. Cuando pienso en El Salvador, mi país, en su historia, llegan a mi mente hechos muy trascendentes que nos han constituido en lo que somos: *un pueblo herido, burlado y un pueblo, que pese a todo, no pierde la esperanza de hallar esperanza...* escondida en alguna parte. Esa cualidad y esa desgracia de ser un pueblo dolido y al mismo tiempo un pueblo esperanzador, no es casual, nos

hemos ido forjando por medio de la desgracia, la injusticia, la mentira, la masacre y la pobreza. Y nos hemos ido defendiendo, desde la trinchera cotidiana de nuestra casa, con la idea lejana de que mañana quizás será mejor: habrá algo que comer, habrá... paz; no temblará; dejará de llover; o simplemente, o trágicamente, estaremos vivos. Los salvadoreños y salvadoreñas siempre hemos vivido en la incertidumbre del mañana.

Nuestra historia, nuestra historia verdadera es una historia de extremos, de altas exigencias a todas las resistencias humanas. La última guerra civil nos volvió a probar de qué sustancia extraña fuimos hechos en la noche de los tiempos: no de madera, no de maíz, no de piedra... sino de una sustancia aún mas fuerte que se amalgama de todas las esencias vegetales y animales: de agua, pues hemos llorado y sudado tanto; de maíz, pues nos hemos quedado alimentándonos de nosotros mismos en el más profundo dolor o abandono; de piedra, pues somos tan fuertes para las heridas, las espinas y las balas; de aire, somos tan puestos a la risa, a lo sutil, cuando somos tiernos; de fuego, somos tan guerreros, tan amantes, tan heroicos, tan épicos.

La lava ha pasado sobre nuestros seres queridos desde tiempos milenarios. Pero dejamos condolidos que se enfriara, se hiciera cenizas para luego ir a sembrar los campos abonados de dolor, con nuevas milpas, con nuevas siembras. Ese proceder histórico y moral nos ha hecho lo que somos. Nada nos puede destruir, sólo nosotros mismos.

El Mozote, es un símbolo más. Es un hecho enclavado como tantos otros en la conciencia colectiva de muchos hombres y mujeres, o escondido, en la mentira institucionalizada de la que se alimentan otros tantos. El Mozote transformó nuestra noción de justicia, de violencia, de humanismo o de conmiseración. Nos legó una vez más la lección que ante la irracionalidad, tristemente, las fuerzas del bien y de la fe, sucumben, son derrotadas en un choque frontal. Que lo bueno del mundo siempre necesita tiempo para manifestarse; que la maldad, el fanatismo ideológico y el poder ciego, no tiene reparos, escrúpulos o moral. Y que el débil, siempre pierde la partida... en lo inmediato.

Una noche, hace 26 años, al norte de un pequeño y paupérrimo país llamado El Salvador, la ideología fanatizada, se alzó de las profundidades y tomó cuerpo de hombres. Eran hombres ciegos, locos y hambrientos. Ciegos de sí mismos, locos de ira absurda, hambrientos de carne humana. Cincuenta hombres - que hasta el día de hoy, no se miden así mismos si no como seres que cumplieron su deber, deber venido no sabrán de donde; deber llegado no sabrán nunca de que voz; deber de sangre, deber de muerte- entraron en la

Eran hombres ciegos, locos y hambrientos. Ciegos de sí mismos, locos de ira absurda, hambrientos de carne humana...

NUNCA SERÁ TARDE



Placa conmemorativa erigida en el lugar del holocausto para recordar la memoria de las víctimas de El Mozote.

noche de un 9 de diciembre a una aldea llamada El Mozote. Cumplieron su misión un día 11: dar muerte a más de 730 personas, de entro ellos, cerca de 500 niños y niñas. Estos últimos fueron puestos boca abajo contra el suelo, en filas, para ser acribillados. Las mujeres fueron de igual manera apartadas. Sus restos quedaron triturados y calcinados tras el incendio premeditado del lugar donde fueron asesinadas. Los hombres fueron acribillados en cualquier parte. Como holocausto que fue, muchas víctimas recibieron su muerte orando o en alabanzas religiosas. Otra vez las preguntas de Job, se oyeron en la desgracia.

Entre el infierno, una mujer se escapa entro los matorrales y se esconde bajo un manzano. Repta entre las piedras y espinas. Escarba un agujero para poder gritar y sollozar y finalmente se esconde en cuevas y lugares abandonados. Es encontrada una semana después ajena a la conciencia después de un estado de total locura y dolor. Su nombre nos enorgullece: Rufina Amaya. Escuchó los lamentos postreros de sus cuatro hijos. Decidió quedarse a contarle al mundo de lo que el odio es capaz de hacer entre nosotros los humanos.

El mundo acalló el hecho. Los periódicos más importantes de occidente, *The New York Times* y el *Washington Post*, borrarón su primera plana del día enero 22; y sus corresponsales Raymond Boonner y Alma Guillermprieto, respectivamente, fueron relegados a otras funciones. Ellos fueron los primeros testigos extranjeros de la masacre dos semanas después de que ocurriese. A Booner se le acusó de ingenuo: un profesional del periodismo que

había sido piloto en Vietnam. De enero de 1982 a Octubre de 1992, la historia quedó enterrada. El eminente periodista de Berkeley, Mark Danner, la recapitula en su ya clásico libro, *The Massacre at El Mozote*, en 1994; dos años después que la ONU, a través de la *Comisión de la Verdad* en El Salvador, con la colaboración de un equipo de antropólogos argentinos, encontrase los hallazgos de los cuerpos asesinados.

Nunca, ni el gobierno de Estados Unidos, ni el gobierno salvadoreño, aceptaron el hecho. Las balas asesinas venían de Missouri; el pago de los ejecutores, de los contribuyentes norteamericanos. Hasta el día de hoy, 11 de diciembre de 2006*, El Mozote no ha tenido audiencia en los tribunales, a nivel nacional o internacional. Pese a conocerse sus detalles y consecuencias.

El Mozote, se suma a Ruanda, Aushwitch, Hiroshima, y nos deja una mancha más en el rostro de eso que llamamos humanidad. El Mozote, como El Sumpul, nos recuerda aquello de lo que nadie quiere acordarse, y que sin embargo, nos constituye. Quizás acá, debemos aprender de otros que cuidan de su historia, aunque sea doloroso; porque en ello, se construye un orgullo genuino de nacionalidad y un deseo verdadero por ir hacia algo mejor en el horizonte del futuro de un país como el nuestro y de la humanidad entera.

Houston, Texas

**Escrito en Diciembre de 2006, a los 25 años de la masacre del Mozote.*

EL ROSTRO, EL CORAZÓN Y EL ESPEJO

Somos un rostro en los hilos de la cera.
Somos el tiempo que fabricamos
de posibilidades perdidas.

Mañana seremos tal vez la orquídea, el refugio y el ladrillo.
Hoy estamos seguros de nada.

Hoy,
extraviados en la sangre.
Mañana,
héroes en el colectivo.

El próximo lunes,
roja carcajada.
El viernes por la noche,
lágrima herida de la madre
en el ojo de la hermana.

Somos una caída repitiéndose en el barro.
Somos un rostro viscoso de grillos en la mentira,
la misma espina que no dice nada
la palabra hermosa que nos duele.

Siempre somos
el rostro del prójimo y el nuestro,
escaldado
y siempre fijo.

Pero somos el Corazón
y nadie respira su adolorida sombra,
nadie escucha su aroma a hierba azul
caminar en nuestro grito.

Somos un rostro, ¡Un rostro!
pero es el corazón y no el rostro
el que se queda roto
para siempre en el espejo.

Vladimir AMAYA

EL SALVADOR

Nació en San Salvador, 1985. Estudia Letras en la Universidad de El Salvador. Miembro fundador del Taller Literario El Perro Muerto.

ARPEGIOS

De sombra a sombra solo somos polvo,
inmóvil en las cuerdas de la brisa,
ondulante en la lágrima de la luz
si toda luz en su raíz es polvo.

No quiero sangrar este junio sobre ustedes,
ustedes que también saben de la luz
y son polvo como yo, de sombra a sombra.

Me es preciso encontrar la masa correcta
formar, tras los vidrios ahumados de la risa,
unos ojos con mis ojos.
Encontrar en sus ojos mis ojos
volver a la fe de ser más que polvo.

Preciso hablar del agua y su clara protesta,
de la clorofila en las ciudades,
entender el grito que de una vez se quema en la sangre.

Costa a costa he recorrido mi polvo
sabiendo su estatura y su fibra de polvo:
Lámpara de piedra molida.



LA MÍNIMA PRENDA CON QUE DUERMES

La prenda más pequeña con que duermes
es la última luz que se apaga en la ciudad.
Temblorosa melodía de algodón.
Delirio celeste y blanco
como cielo y mar de un mismo vuelo,
mínima estrella de un hermoso naufragio.

Sándalo grave,
cofre de un ave que reposa.

Prenda empapada
del sudor sagrado donde la llama resucita.

Prenda inquieta
suave y paciente como la hierba
corta y vital como un suspiro.

Pañuelo para vestirme de ti.
Estación breve,
prenda siempre hecha a la talla del asombro.

Hebras de una nube que ponen freno a tu cintura.
Es la primera voz del silencio,
es clave fulgurante,
candado que claudica.
Puerta abierta
durante el granizo y los asaltos.

La prenda más pequeña con que duermes
es una prenda de ojos abiertos que me ayuda a mirarte,
a saberte entre las formas
a resolverte en el ancho misterio de la noche.

ENTREGA FINAL

A «...los tristes más tristes del mundo.
Mis compatriotas, mis hermanos»
Roque Dalton

JORGE CASTELLÓN
Escritor

Se bromeaba con *Chepito*, de que cuando le tocara salir ¿a dónde iría? Le hacían broma por su edad, y de que cuando estuviera libre, dado el tiempo transcurrido, quizás se perdería y llegaría de regreso a la cárcel por error. Todo esto, mientras su joven socio —el que por apodo llevaba un nombre de pez— le entregaba las cuentas del día, provenientes del cafetín, negocio éste que cabía en un costal, bolsa que aquel ayudante cargaba llena de ollas, tasas, bolsitas de café instantáneo, cucharas y platos. Era quizás ésta, una relación paterno-filial en cierto sentido, aunque nunca vi una muestra de cariño entre ambos. Aún con los años transcurridos, veo con claridad esas siluetas: la de un anciano muy delgado, de camisas casi transparentes por el uso, y de andar encorvado, caminando detrás de aquel joven moreno, de cabello grueso y ojos tristes, tristes y llorosos que cargaba un costal al hombro, como mutuo patrimonio. Un Quijote y un Sancho, despojados. Aquel muchacho vivía entre las drogas. Al llegar a la celda, y después de arreglar sus asuntos monetarios con el viejo, buscaba en su bolsa unas pastillas, que al poco tiempo de beberlas le hacían dormir profundamente. Cuando estaba despierto no articulaba palabra alguna. Era muy tímido, y las veces que cruzamos las miradas, pude ver en sus ojos los efectos que la crueldad del mundo y la soledad hacen en un ser humano. Tenía quince años, estaba en una cárcel de adultos... olvidado de Dios. Mardoqueo (mi banquero) y «*El Negro*,» hablaban de sus asuntos, de sus cosas pendientes..., de viejos conocidos, y escuchaban música. Solían escuchar música romántica, y así, «*Cuando el amor se va*» de Roberto Carlos, se volvió una de nuestras, digamos, preferidas melodías de la celda. Otro par de jóvenes, cuyos nombres he olvidado, acostumbraban de vez en cuando por la noche, preparar sus pitillos de marihuana sentados a la orilla de sus camas, al tiempo que me decían: «*Espero no le moleste el humo*», para inhalarlos luego cubriendo su boca con un vaso, y evitar que aquel olor amargo se expandiera más allá de este estrechísimo albergue. Había cosas que siempre rompían la rutina de todos nosotros. Por ejemplo,

un episodio entre cómico y cruel, en el que no faltaba el humor a causa de la mofa grosera hacia aquéllos seres cabizbajos que pasaban enfrente de la celda —después de cerradas—, como haciendo un calvario interminable, cargando sus gigantescas grabadoras, sus almohadas, cobijas y demás, llenos de tristeza o de rabia a causa de que su compañera de «cita íntima» — cita que se programaba con una semana de anticipación—, no se había hecho presente al encuentro... Y he aquí que el pobre prójimo tenía que cruzar de regreso los pasillos, cargando su pena y su deseo burlados, escuchando de voces ajenas, un sin fin de desagradables razones de tal ausencia. También, más de alguna vez al amanecer, veíamos pasar el cadáver de algún desconocido que era cargado adentro de esas grandes y horribles bolsas negras, y que había sido encontrado muerto en su

celda... misteriosamente. Misteriosamente en medio de una veintena de personas hacinadas. Los jueves y domingos, eran de fiesta (para los que siempre tuvimos alguien que nos fuera a visitar). Por ventura, yo estaba entre los afortunados. Un día antes de la visita, se iba a reservar las *haraganas* (sillas plegables), que se podían necesitar dada la cantidad de personas posible que esperábamos: Una silla, dos, tres... o ninguna. Este monopolio de alquiler de sillas era ostentoso. Sólo había un proveedor con el cual había que anotarse y pagar por adelantado el valor de cinco colones

(ochenta centavos de dólar actual) por silla. Luego, ir por la mañana a recogerlas de entre los cientos de sillas disponibles y escoger un «vistoso» lugar donde desplegarlas, improvisar un techo y esperar. *Chepito* nunca esperaba visita,



ILUSTRACIÓN: MARIAALACARAMBA.

Cárcel de Mariona o La ciudad de la esperanza

tampoco su asistente.... Por su parte, *El Carpintero*, ya no esperaba más a su mujer y a su hija de tres años. El llevaba ya dos años preso, y el hurto de cincuenta colones (seis dólares actuales) le había robado su familia. El tiempo se arrastró doloroso sobre las horas, los días, las semanas y los meses interminables, hasta que llegó el segundo aquel, en que mi nombre sonó en el patio a las diez de la mañana... Lo último que escuché mientras corría hacia la puerta fue ¡*A quien le dejas las cosas!* (el colchón, el recipiente de los huevos; la tasa, el plato, el cartón, una toalla, la cobija obsequiada) Y como no pude hacer la elección en el momento, decidí callar, a la espera de una justa distribución de mis recursos, que quedaron debajo de aquel rincón que fue mi casa.

A MANERA DE UN EPILOGO

Cuando el sol se alejaba silencioso cada domingo o jueves, y nuestros seres queridos se marchaban a esa hora fatal de las cinco de la tarde, nosotros éramos de alguna forma, al regresar a la celda, nuestra propia y única familia, compuesta por los agradecidamente condenados y por los desgraciadamente sin condena. Solos otra vez, izábamos las velas de la nostalgia mientras nuestras anclas, se aferraban sin quererlo, en la honda profundidad de la incertidumbre, de los recuerdos de los seres queridos, de los «*ojalás*» y los «*primerodioses*,» del limbo mismo de los condenados a no ser nunca condenados.

Han pasado ya veinte años de todo esto, y al contarlo, me detengo a pensar sobre aquellas palabras de Borges al reflexionar de su ceguera...»*Todo hombre, debe pensar que cuanto le ocurre es un instrumento; todas las cosas le han sido dadas para un fin... Todo lo que le pasa, incluso las humillaciones, los bochornos, las desventuras, todo eso le ha sido dado como arcilla... La humillación, la desgracia, la discordia. Esas cosas nos fueron dadas para que las trasmutemos, para que hagamos de la miserable circunstancia de nuestra vida, cosas eternas o que aspiren a serlo*»

Y digo con Salarrué, que estos cuentos verdaderos, quizá tristes, «...del barro del alma están hechos; y donde se sacó el material un hoyito queda, que los inviernos interiores han llenado de melancolía. Un vacío queda allí, donde arrancamos para dar, y ese vacío sangra satisfacción y buena voluntad»

Houston, Texas. Marzo de 2008.



DE LOS CUENTOS DE CHEPE EL CABEZÓN

El amor murió en Vietnam

CAROLINA LUCERO
Poeta y escritora

La paz que se había establecido en Ginebra se derrumbaba a pasos agigantados. Desde 1957, la Comisión Internacional que velaba la aplicación de los acuerdos venía delatando las violaciones del pacto. Vietnam del Norte como Vietnam del Sur eran los actores principales.

Shepard arregló su equipaje. Corría 1964. Las lágrimas de Claire se desencadenaban como mares ensombrecidos en aquella mañana de agosto en que partió a su destino. Era inevitable, puesto que para entonces, la situación en Vietnam del Sur con Estados Unidos como aliado, era arremolinante en desesperación. Era necesario que el cuerpo de paz de la ONU tratara de ayudar en el conflicto. El Mayor Shepard con quince años de experiencia en el cuerpo de cascos azules, había escalado peldaños, gracias a su tenacidad y a su habilidad para negociar en el campo de las guerras.

La joven Claire se inundaba en aprensiones. Amaba tanto a su adorado Shepard que ya no podía imaginarse la vida sin él. Los tres años que pasaron desde que contrajeron matrimonio, habían sido casi un soplo divino. Shepard era un hombre increíble, maravilloso, atento, amoroso, constante a pesar de las ausencias que debía enfrentar para cumplir con sus tareas del cuerpo de paz. Dios parecía bendecirles a cada instante, prueba de ello fue la llegada del amadísimo hijo de ambos: el pequeño Shepard Aleixandré. En el niño, Claire encontraba la faz de su esposo, pero también el recuerdo de aquel amado padre que la amó y la consintió en todos sus caprichos de niña feliz. Ahora, con el bebé

apretado contra su pecho, Claire, presentía los más caros augurios. Sin pretenderlo, la soledad se sitiaba irremediable en sus esperanzas.

El conflicto bélico entre los Vietnam se remontaba a los años cincuenta, desde que Estados Unidos apoyó a Francia para no perder dominio sobre Indochina. Sin embargo, fueron derrotados, surgiendo como consecuencia de ello los Acuerdos de Ginebra de 1954, que establecieron la partición de Vietnam en dos, y orientaron el apoyo de Washington al régimen de Ngo Dinh Diem en Vietnam del Sur que hacía frente al Vietnam del Norte, quienes obviamente estaban apoyados por la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas.

Claire entregó a su amado ese beso que se volvió largo y doloroso para ambos. Le miró largamente para grabárselo en la memoria eterna. Sentía que la melancolía tempranamente hacía presa de ella. Algo dentro de sí misma le decía que Shepard no volvería, pues aquella guerra cruenta y amarga para todas las naciones, se tragaba lo mejor de las mismas. Sabía que Shepard no podría sustraerse a la misma, pues su honor militar y su adhesión al cuerpo de paz, estaban comprometidos con aquellos conflictos; por ello, inclinando su paciencia y su devoción le dijo adiós.

Partió Shepard. La pequeña casita que ambos compartían en la colonia Bloom se sintió más grande sin él. Al contraer nupcias, Shepard la pidió en arriendo al Patronato del Hospital, puesto que los médicos residentes, para los cuales habían sido destinadas, ya no se hospedaban en ella y siendo que él poseía los contactos con las autoridades del mismo, no fue difícil acceder a una de aquellas dieciocho casas tan bonitas que daban presentación a la zona.

Era un lugar hermoso, que tenía como respaldo aquel gran parque lleno de árboles que al soplar la brisa, hacían a Claire recordar los días de infancia en aquel cantón donde corría junto al Limón con los pies descalzos. Ella había sido feliz aquellos años, pero más feliz se había sentido con la vida al lado de su adorado esposo. Ahora, ese hombre de su vida, el salvador de su tragedia en aquel cementerio, partía para siempre con rumbo inexacto.

Claire se ahogaba en el vacío. Fueron tantas veces las que Shepard le dijo que tan pronto fuera posible se irían a Bélgica a vivir cerca de sus padres. Pertenecían a una distinguida familia de rancio abolengo, que tenía dificultades para aceptar a alguien que no perteneciera a su círculo. No obstante Shepard estaba seguro que frente a cualquier circunstancia, ella era su esposa y aprenderían a amarla. «Estoy seguro que al verte sonreír, mis padres quedarán locos con tu encanto».

«Mi amada Claire» decía la carta. «La situación aquí se ha vuelto insostenible. El conflicto ha apretado cada vez más. Ha ocurrido un incidente en Tonkín contra Maddox quien inició una intervención abierta. Hay aquí cerca de 300 mil soldados norteamericanos. Están usando agentes químicos... Debo estar allí, Claire, es parte de mi misión. Me he formado para ayudar a las naciones. Tú y mi hijo son lo más grande que he tenido en la vida, no lo olvides. Estados Unidos está cayendo en imagen, no me extrañaría que muy pronto la juventud de ese país se revelara contra el sistema. Inteligencia dice que esta guerra no tendrá buen fin para los Estados Unidos. Estamos atrapados, pinta como el camino a un serio fracaso...» «Por favor mi amor, cuida de nuestro bebé. Te amo Claire y si no vuelvo recuerda que te amé siempre... Shepard.»

Claire estrujó la carta en su rostro. La besó mil veces. Lloró amargamente pues eso era lo único que tendría de él: sus últimas palabras llenas de amor y dedicación hacia su familia. Rafael Argueta, amigo de Shepard en el campo de batalla, había vuelto lisiado de aquella guerra y le había traído las trágicas noticias de su pérdida mientras intervenía en una de aquellas negociaciones.

Devastada, Claire comprendió que no obstante ser su esposa, no tendría una tumba para llorar. El cuerpo fue enviado a Bélgica a la familia de sus padres. El general August Leenaerts le reclamó para enterrarle con todos los honores que correspondían a un miembro de los cascos azules. Pese al dolor de Claire, debía aceptar que el tiempo en el que viajaría a conocer a sus suegros en el extranjero, había claudicado. Shepard no estaría

nunca más junto a ella, nunca más verían el atardecer juntos mientras se amaban en su pequeña casita blanca, nunca más soñarían con el futuro en las navidades, nunca más tendría él la oportunidad para ver sonreír a su pequeño hijo. El amargo llanto se mezclaba con la impotencia de «no ser nadie» para acudir al entierro de su esposo. Ninguna autoridad le informó del fallecimiento. Nadie le mandó a recoger para el sepelio. Nadie de aquella familia le envió una misiva de pésame...

Claire comprendió que aquellos planes de incorporarse a la familia Leenaerts habían sucumbido. Con estos claros pensamientos, decidió entonces no derrumbarse, poniéndose como meta trabajar e ir hacia adelante para labrar el futuro de su hijo.

Muy pronto, con ayuda de los Harrison, se colocó de medio tiempo en una escuela de élite para enseñar las primeras letras a los niños. Esto le permitiría seguir pagando el arrendamiento de su casita de la colonia Bloom y alimentar a su bebé. Sus amigas de la colonia se turnaban para cuidar del pequeño Shepard. Se soñaba Claire, como toda una maestra sacando adelante a su hijo, quien sería sin duda un gran universitario, o empresario —quién sabe— uno no puede decir que no ocurrirán las cosas, porque siempre el Señor nos tiene un futuro deparado.

Todas estas cavilaciones fueron rotas por la inesperada visita de un emisario de la familia Leenaerts desde Bélgica. «Estimada Claire: Nuestro hijo Shepard nos contó acerca de su matrimonio y del nacimiento de nuestro único nieto, también del mismo nombre. Deseamos que entienda que amábamos a nuestro hijo, por lo que es lógico que queramos que el niño reciba una educación esmerada y tenga un futuro digno tal como corresponde a nuestro nivel social. Sabemos que usted era la esposa de Shepard, y que no tiene recursos para educarlo, por ello creemos conveniente que lo mejor es que envíe al pequeño con nuestro emisario. Asimismo, el brindará a usted la cantidad que indique para que libre de toda atadura pueda iniciar una nueva vida lejos de nosotros. Entienda que lamentablemente no la conocemos. El amor por usted se fue a la tumba con Shepard. Si a pesar de esto usted desea permanecer junto al menor, podríamos arreglar que usted venga a Bélgica, pero debe entender que no será considerada parte de nuestra familia. Piense en el futuro de su hijo. Le prometemos que él será feliz y tendrá todo aquello que usted jamás podrá darle. Cordialmente. Familia Leenaerts.»

Claire se inundó nuevamente en aquella poza de dolor. La vida le había arrancado a sus amados padres, a su amado Shepard y ahora le quería arrancar lo más grande que tenía sobre la tierra: su bebé.

Luego de despedir al emisario de los suegros con la promesa de que volviera al día siguiente para arreglar las pertenencias del menor, Claire, efectivamente preparó el equipaje, pero para su huida. Envuelta en las sombras de la noche, con una pequeña maleta, con el poco dinero que poseía y el tesoro más preciado entre sus brazos, Claire abandonó para siempre la colonia Bloom. Atrás quedaba el maravilloso parque lleno de árboles que proporcionaban frescura a la zona. Atrás las amigas de la colonia que le tendieron la mano en circunstancias difíciles. La determinación formaba ahora parte de su fuerza. La familia de su esposo no se quedaría con su hijo. Estaba convencida que lo que más necesitaba su hijo en este planeta, era lo que en realidad ellos jamás podrían darle: su amor. Claire estaba llena de amor, de amor maravilloso construido con la paciencia que le había dado la

«al verte sonreír, mis padres quedarán locos con tu encanto»

ternura de su Shepard, tanto, que llegaría hasta el sacrificio para darle a aquel pequeño una vida plena de fantasía y de presencia materna en su vida.

El cansancio se establecía en su joven cuerpo. No obstante, en la oscuridad de aquel camino, Claire pensaba en todo lo que tuvo que sacrificar Estados Unidos para ir a esa guerra de Vietnam, la cual sería considerada en los venideros años el más serio fracaso de ese imperio en la guerra fría. «De pronto» se decía, «si Estados Unidos lleva sobre sus espaldas unos cuarenta mil muertos y unos doscientos mil heridos en esta guerra sin sentido, lo cual le está hirviendo el orgullo como potencia ¿por qué no he de levantarme yo y salir adelante con mi hijo?»

En los siguientes pasos sobre aquellos caminos llenos de polvo se dejó escuchar: «Si, mi Shepard, tu y yo, contra el mundo...»

La niña Licha, la tortillera, agarró el periódico para encender el fuego del comal; eran las nueve de la mañana y se disponía a iniciar su faena. A meter la primera hoja debajo de las rajadas de leña iba cuando alcanzó a leer un titular que decía: “Matan a un menor y lesionan a otro en Ciudad Delgado”. Luego la nota seguía: “Un menor de edad fue ultimado esta tarde con arma de fuego, mientras un segundo resultó gravemente herido en el mismo hecho, informó la policía... El ataque ocurrió en la calle principal de la colonia El Pedregal, en Ciudad Delgado... La policía dijo que al menos dos hombres a bordo de un taxi pirata habrían disparado contra los dos jóvenes, al parecer miembros de pandillas...”.

—La juventud de ahora está perdida. Los muchachos no quieren estudiar ni aprender oficio. Ellos mandan a sus tatas. Yo por eso a la Lety la tengo bien cortita —dijo la niña Licha a la Secundina, su ayudanta, quien iba llegando con un huacal encopetado de masa.

Muy temprano por la mañana, el Bicho salió de su casa. Durante todo el día nadie se preguntó dónde estaba, hasta que llegó la noche y se disponían a cenar. Sin embargo, no hubo inquietud, ya que muchas veces

Licha a su hija, que se preparaba para irse a estudiar.

Pero a la mañana siguiente tampoco apareció el Bicho. La búsqueda se intensificó. Fueron por cada pasaje hasta llegar a la casa de la Cipota. Ahí les dijeron que no lo habían visto desde hacía una semana.

La preocupación los embargó entonces. ¿Dónde estaría? ¿Le habría pasado algo?

—Vayan a la policía y a los hospitales —les dijeron algunos como burlándose.

No les quedó más que tener paciencia y seguir buscando.

Al mediodía, la niña Licha encendió el televisor, quería ver las noticias y más tarde su telenovela. Cuando sintonizó su canal preferido el presentador estaba anunciando la aprobación de una ley: “Desde la Asamblea tenemos un contacto vía microondas con la periodista Carla Ramos. Adelante Carla. Sí buenas tardes Francisco, a mi lado tengo al diputado Héctor Flores, quien nos va a comentar la aprobación de la Ley de Proscripción de Pandillas o Maras. Gracias Carla, por darme la oportunidad de dirigirme al pueblo salvadoreño. Con los votos de los compañeros diputados de todas las fracciones se logró hoy aprobar esta ley. Esperamos que se convierta en una herramienta para detener el auge delincencial...”.

—Vaya, ya era hora. Si es que ya no se aguanta. Si uno apenas saca para comer y

estos gañanes vienen dizque a pedir una colaboración. Y hay que darles, porque si no —dijo en voz baja la niña Licha, solo para ella y la Secundina que estaba a su lado.

Tres días habían pasado y

el Bicho no daba señales de vida. La búsqueda no había dado frutos. En la casa se sentía un vacío que poco a poco se iba llenando de tristeza. La desesperanza tocaba la puerta.

Fue entonces que el abuelo dijo:

—Yo al Bicho lo veía triste. Ya no era el de antes. Como si las energías se le estaban agotando. Pero catorce años son muchos para un perro. Cualquier rato se iba a desaparecer. A muchos animales no les gusta que les vean cuando se les llega el día. Se van a morir al monte, solos.

Y eso había ocurrido precisamente. Su aventura con la Cipota, una perra mezcla de salchicha con aguacatero, fue la última.

Del pelo traía la niña Licha a la Lety, a quien había encontrado en pleno amontonamiento en el parque de la colonia. Le había dicho que iba al ciber a investigar una tarea, pero se fue con Luis. Un vago que sólo anda aplanando calles desde que lo expulsaron del instituto.

—Ya no le pegue niña Licha, la va a matar —dijo la Secundina.

—Es que esta desgraciada se va a acordar de mí. Se me cayó la cara de vergüenza cuando me vinieron a contar que la tenían bien topada. Yo diciendo que ya se va a graduar y va a ir a la universidad. No agradece el sacrificio que hago quemándome para que estudie. Tengo unas ganas de barrer la casa con ella...

Con la cabeza inclinada hacia el suelo, la Lety no decía nada y sólo sollozaba.

regresaba de madrugada o se quedaba a dormir fuera. Probablemente, estaba con la Cipota, su novia, que vivía al otro lado de la colonia.

—Es que el enamoramiento le ha pegado duro. Como está en plena adolescencia —dijo el abuelo en tono de chiste. Y tenía razón, pues se la pasaba todo el tiempo en la casa de la Cipota.

Pero el Bicho no volvió el siguiente día, lo cual llamó la atención. Solía ausentarse, pero siempre se asomaba para alguna de las comidas. Aquello parecía raro.

—No, no lo hemos visto. A veces se está ahí en la esquina, pero ni ayer ni hoy lo hemos visto —dijeron los vecinos del pasaje al ser consultados.

Como a las seis de la mañana comenzaba la niña Licha lavar el maíz para mandarlo al molino. Para sentirse acompañada prendía su viejo radio AM/FM. Intentando sintonizar su emisora favorita, se topó con una donde estaban dando noticias: “El día de ayer se continuó con las excavaciones en un predio baldío del Reparto El Angel, de Mejicanos, donde fueron encontrados los cuerpos de cuatro personas en estado de descomposición. Según fuentes de Medicina Legal, los cadáveres pertenecen a una mujer y tres menores...”.

—No, si los señores de antes decían que iban a llegar estos tiempos. Hoy no se sabe cuándo le va a tocar a uno. Por eso, tenés que ser obediente Lety: de la casa al instituto y del instituto a la casa —aconsejaba la niña

El bicho

RUBÉN MERINO
Cuentista

carlo_burgos@hotmail.com



Carlos A. Burgos

PROSALEGRE

LA SOMBRILLA

En el transcurso de la tarde fueron arribando al aeropuerto La Aurora de Guatemala, los ministros con sus esposas y los asesores, de los países de Centro América y El Caribe, quienes participarían en una Reunión Técnica para definir políticas regionales con el propósito de resolver uno de tantos problemas sociales.

Los guatemaltecos habían organizado el evento de tal manera que todo estaba previsto. Serían tres días y tres noches de intenso trabajo, sin ningún tiempo para realizar compras o turismo. Los asesores previeron que sus jefecitos trabajarían a presión y pronto estarían de mal humor, de modo que se pusieron de acuerdo con los conductores del evento para modificar la apretada agenda. Redujeron la duración de discursos, presentaciones, ponencias y plenarias.

Con ese reajuste dispusieron de doce horas, las cuales fueron reprogramadas para tres tipos de turismo: ecológico, cultural y sensorial. Todos con sus respectivas conyuges se inscribieron en el turismo sensorial que se iniciaría a las nueve de la noche. Abordaron un microbús especial proporcionado por los anfitriones.

Con un clima agradable recorrieron calles, avenidas y plazas de la ciudad de Guatemala, otrora de abolengo señorial. Visitaron clubes, cafés, discotecas y por fin se estacionaron en el Night Club «Oro Sólido» donde se iniciaría el espectáculo de medianoche.

A la hora indicada comenzó con luces en movimiento y una guapa bailarina contoneándose con un ritmo perfectamente musicalizado. Pasado un minuto, el público le gritó ¡mucha ropa! Ella comenzó a despojarse de sus prendas, una por una, entre el griterío y exclamaciones de los más emocionados hasta quedar en pelota y se retiró a prisa del escenario. De inmediato entró otra con diferente ritmo, vestuario y meneo, pero ésta lanzó sus prendas a los espectadores. Una, de las más pequeñas, cayó en la mesa donde estaba uno de los jefecitos, y su esposa no dejó que tocara tal prenda, al mismo tiempo le exigió que se retiraran de esta exhibición pernicioso para la salud mental.

—No hagamos el ridículo, por educación sigamos viendo —le sugirió con disimulo.

El espectáculo continuó sin interrupción. Una tras otra las bailarinas, en una variedad para todas las expectativas, se presentaron llegando a su desnudez total. La

última tardaba en aparecer, con silbidos y gritos la hicieron salir, vestía una falda blanca, plisada, hasta las rodillas, con borlas de colores. Ella, muy elegante, bailaba acompasadamente con música sin estridencias ni golpeteos disonantes.

—Al fin salió una decente -exclamó la esposa del funcionario- la calificaré con diez de nota.

Con su movimiento cadencioso se desplazó por el escenario proyectando una armonía espiritual. El público estaba absorto contemplando tal imagen. De pronto se elevó la música con ritmo rápido y al instante ella corrió al centro, hizo un giro veloz con sus pies, y se quedó girando y girando con la falda completamente extendida como una sombrilla desplegada y debajo...cero prendas de vestir...la carcajada fue general, mientras la señora le anuló el diez que por decencia le había adjudicado.

La bailarina siguió girando hasta que por gravedad cayó la sombrilla y saludó inclinando su cabeza, entre nutridos aplausos y gritos de ¡otra vez!, ¡otra vez!

— Al fin salió una decente -exclamó la esposa del funcionario- la calificaré con diez de nota.

PINCELES Y PIEDRA EN LA GALERÍA PASCAL

Rodolfo Oviedo Vega, Edwin López Morán y Edwin Soriano estarán presentando en la GALERÍA DE PASCAL del 6 de febrero al 11 de marzo de 20011 sus más recientes trabajos pictóricos y escultura. La inauguración será el 6 de febrero a las 11:00 a.m. La galería se encuentra ubicada en 4a Calle Poniente 2B, Suchitoto. Información en el Hotel los Almendros de San Lorenzo al teléfono (503) 2335-1200.

«Edwin ha extendido el manto de su creatividad hacia las ilustraciones que reflejan su hondo anhelo por una constante renovación, signo de su madurez y de su férreo compromiso en el arte. El confin de sus sentimientos se asemeja al del río, que se acrecienta antes de fundirse en las corrientes marítimas, cuyo oleaje impulsa a pintar rasgos eternos.»

Lovey Argüello, *San Salvador, agosto 2008*

«Edwin López: es un dibujante de enorme potencialidad que trata temas contemporáneos con síntesis de elementos para que el público se integre al mensaje propuesto de sus dibujos, asume su responsabilidad de artista y comunicador ante su tiempo.»

Augusto Crespín, *San Salvador, enero 2011*



PINTURA: EDWIN LÓPEZ MORÁN.

Edwin López Morán



ESCULTURA: EDWIN SORIANO.

Edwin Soriano

Las piezas escultóricas trabajadas en piedra granítica, alusivas a la atracción involuntaria del magnetismo y las analogías sociales que permite interpretar visualmente. Tales como la necesidades de la colectividad organizada, el mesianismo y la grandes acciones revolucionarias, fenómenos que salen de la razón individual y nos hace formar parte de un sentimiento de aglomeración infinita, que gira alrededor de un núcleo imperecedero. Creando con esto la necesidad de un nuevo orden .

«La obra de Rodolfo Oviedo Vega presenta un verdadero diario de viajes, la variedad de colores y texturas, junto con la síntesis de materiales tan dispares, como pigmentos, aceites, hilos de plata o cortezas que pese a su aparente incompatibilidad, ofrece un resultado dinámico y coherente. De esta forma, Oviedo, muestra diferentes puntos de vista, al rededor de una misma tematica : la vision global del desarrollo individual en diferentes espacios de vida, modelada desde las personas y lugares que ha conocido en sus viajes por el mundo»

Catálogo del Festival de la diversidad cultural,
UNESCO, París 2010



PINTURA: RODOLFO OVIEDO.

Rodolfo Oviedo